

general Marmont y procurando apoderarse de aquel fuerte que dominaba la ciudad, y con ésta toda la comarca. Pero el fuerte bien armado, y situado de una manera que dificultaba mucho la embestida, no podía sitiarse sino con artillería gruesa de que el general Macdonald carecía. Ya había intentado batir sus muros con obuses y hasta intimidar á su comandante con amenazas: todo en vano. Éramos dueños de la ciudad de Gratz, y nos veíamos precisados á tener que bloquear la ciudadela, que constituía su principal fuerza. Al recibir la comunicación del príncipe Eugenio, el general Macdonald con la esperanza de tener parte en las operaciones que se anunciaban, emprendió con toda presteza su marcha al frente de la división de Lamarque, los dragones de Pully, dos batallones de la división de Broussier y la mayor parte de la artillería, y dejó al general Broussier sobre Gratz con ocho batallones solamente, dos regimientos de caballería ligera y diez piezas de campaña, confiándole el cuidado de cumplir el encargo que habría debido desempeñar todo el cuerpo entero, que era expugnar la ciudadela de Gratz, reunirse con el ejército de Dalmacia, é impedir que el austriaco Chesteler pasase del Tirolo á Hungría. Afortunadamente las tropas eran excelentes y podían, como lo probaron en breve, resistir contra fuerzas infinitamente superiores.

Partido que hubo el general Macdonald hacia Kormond el 9 de junio, incorporóse con el príncipe Eugenio en el Raab, y ambos se holgaron de volverse á ver sanos y salvos después de un mes entero de movimientos divergentes y peligrosos por entre regiones enemigas. Hubiera sido lo más sencillo marchar ya juntos para batir al archiduque Juan, y llevar á los generales Broussier y Marmont, después de hacerle sufrir el último revés, el poderoso aunque indirecto auxilio de una victoria ganada allí cerca; pero el príncipe Eugenio, reconociendo confusamente el peligro de dejar al general Broussier solo en Gratz, creyó evitarlo dejando al general Macdonald solo en Papa, para que estuviese cerca de Broussier y Marmont, lo cual, en vez de atenuar el error cometido, lo agravaba, puesto que íbamos á vernos divididos en cuatro destacamentos, Marmont con diez mil hombres, Broussier con siete, Macdonald con ocho, y el príncipe Eugenio con treinta. Fué, pues, enviado Macdonald hacia Papa, mientras el príncipe Eugenio, que volvía de Stein-am-Ánger, sobre Sarvar, bajó el Raab en pos del archiduque Juan con veintinueve ó treinta mil hombres de su ejército y seis ó siete mil del destacamento de Lauristón.

Mientras el virrey hacía estas marchas, el archiduque Juan, después de andar errante por entre el Muhr y el Raab, verificando sus movimientos con menos precisión y exactitud todavía que su adversario, acabó por ceder á las órdenes reiteradas del generalísimo, aproximándose al Danubio. Fué su deseo, como acabamos de ver, operar aisladamente en la frontera de Hungría, allegarse los generales Chasteler y Giulay, formarse de este modo un ejército de cincuenta ó sesenta mil hombres, comprendidos los sublevados húngaros, batir alternativamente á los cuerpos de Eugenio, de Macdonald y de Marmont, y situarse por último sobre la derecha descubierta de Napoleón para introducirle su espada por el flanco. Es indudable que si semejante serie de triunfos hubiera sido segura, ó solamente probable, hasta

necedad hubiese sido el no hacer algunos sacrificios para conseguirla; porque privando á Napoleón de los cincuenta mil buenos soldados que recibía á la sazón de Italia y Dalmacia, y amagando además á su derecha y espaldas, se le reducía á la imposibilidad de intentar un golpe decisivo sobre Viena, y de reparar la desgracia del primer paso del Danubio con otro paso más feliz. Pero para obrar como lo proyectaba el archiduque Juan, se necesitaba saber maniobrar con tanta rapidez y tan á tiempo como sólo podían hacerlo el más aventajado capitán y las más aventajadas tropas del mundo, y no siendo así, mejor era limitarse á acosar á la derecha de Napoleón con los sublevados de Hungría y Croacia, y disponer de los diez y ocho ó veinte mil hombres que le quedaban al archiduque Juan para estar en disposición de marchar sobre Viena al primer aviso. Habíase, pues, dado repetidas veces al príncipe austriaco la orden de dejar al general Stoichevich, al ban Giulay y á Chasteler, el cuidado de acosar á los franceses hacia Hungría, de guarnecer á Presburgo y de situarse en seguida con la mejor parte de las tropas de Italia detrás del Danubio, para concurrir á la lid que más tarde ó más temprano debía trabarse de nuevo en las márgenes de ese caudaloso río.

Cediendo á órdenes tan terminantes, el archiduque Juan se había aproximado al Danubio, siguiendo las orillas del Raab por Kormond, Sarvar, Papa y la ciudad de Raab. Esta ciudad, fortificada, pero descuidada de mucho tiempo atrás, y medianamente armada ahora, asentaba á la margen del río del mismo nombre, no lejos de su confluencia con el Danubio, entre Presburgo y Komorn. Uníase á la plaza un campamento atrincherado, que ofrecía una excelente posición sobre el río. Al archiduque Juan se le había incorporado allí su hermano el archiduque Palatino, con las fuerzas de la insurrección húngara. Podían entre los dos príncipes presentar á los franceses cerca de cuarenta mil hombres, mitad de tropas regladas procedentes de Italia y del Tirolo, mitad de tropas bjoñas de la sublevación de Hungría. Dividíanse éstas en doce mil hombres de infantería, gente allegadiza de todas las poblaciones magyares ó alemanas de aquella tierra, y ocho mil de caballería noble, poco avezada á las trabajosas guerras de aquellos tiempos. Con estos cuarenta mil hombres, tan desiguales por todos conceptos, quisieron los archiduces hacer cara nuevamente al príncipe Eugenio antes de abandonarle la orilla derecha del Danubio y de retirarse á la orilla izquierda.

Ya el 12 y el 13 de junio se vieron hostigados por las avanzadas del príncipe Eugenio, y el 13 por la noche se apostaron en los contornos de Raab, seguros de tener una acción reñida al otro día si no seguían batiendo retirada. Parecía la posición ventajosa, y se establecieron en una meseta con la derecha apoyada en el Raab, la espalda vuelta al Danubio que á unas cuantas leguas detrás corría, y la izquierda á unos grandes pantanos que se extendían á larga distancia. Emplearon la noche del 13 de junio y la mañana del 14 en rectificar su posición, y sobre todo en entremezclar las tropas regulares y el paisaje sublevado para que participase éste de la consistencia de aquéllas; en lo cual obedecían á una orden expresa del archiduque Carlos, que, aunque muy prudente, les hizo en aquella ocasión per-

der mucho tiempo, de tal modo que no estuvieron en disposición de pelear hasta las once de la mañana del 14.

Felizmente para ellos, el príncipe Eugenio, á pesar de haber marchado con el mayor deseo de alcanzarlos, no podía tampoco llegar al campo hasta la misma hora ó más tarde.

Lo mismo que los dos príncipes austriacos había él tomado y seguido la orilla del Raab, que corre casi perpendicularmente al Danubio, y sólo dista de la ciudad del mismo nombre unas cuantas leguas por el lado más corto. Iba adelantándose con la izquierda en el río, donde los austriacos tenían su derecha, y la derecha en la llanura pantanosa donde los austriacos tenían su izquierda. Marchaba en varios escalones, formando el primero á la derecha la división de Serás, el segundo al centro la división Durutte, y el tercero á la izquierda la división italiana de Severoli. La división de Pacthod y la guardia italiana situadas detrás componían una doble reserva. La caballería estaba repartida en las alas. Este orden era resultado de la disposición misma del terreno y de la distribución que el enemigo había dado á sus fuerzas en la meseta que íbamos á atacar. A nuestra derecha, en la llanura pantanosa, divisábase la masa de la caballería húngara, que presentaba de siete á ocho mil jinetes de lucidísimo aspecto, pero menos formidables de lo que parecían. Sosteníanlos los húsares reglados, no tan hermosos de ver, pero experimentados en la campaña de Italia; mandábalos á todos el general Mecszerly. Algo menos á la derecha y un tanto hacia el centro, detrás de un arroyo fangoso, se veía la infantería de Jellachich y de Coloredo ocupando los sólidos edificios de una gran quinta llamada de Kismegyér y el pueblo de Szabadhegy. Finalmente entre este pueblo y el Raab, es decir hacia nuestra izquierda, se descubría la infantería de Frimont, que formaba hacia el río y el campamento atrincherado la derecha de los austriacos. Unos cuatro ó cinco mil hombres de tropas no tan buenas defendían el campamento atrincherado, que bloqueaba el general Lauristón con los badenses.

Después de haberse concertado el príncipe Eugenio con los generales Grouchy, Montbrún, Grenier, Serás y Durutte, convinieron en las disposiciones siguientes. Mientras la caballería desplegada de Montbrún ocultase los movimientos de nuestra infantería, las tres divisiones de Serás, Durutte y Severoli, avanzando en escalones, debían embestir sucesivamente la quinta de Kismegyér y el pueblo de Szabadhegy por uno y otro lado. La división de Pacthod y la guardia italiana, que quedaba de reserva, tenían encargo de apoyar al primero de los escalones que hubiese menester de socorro. Grouchy y Montbrún, á la derecha, debían caer sobre la caballería enemiga, mientras Sahuc por la izquierda unía al ejército con el destacamento de Lauristón. Reconociendo entonces el príncipe Eugenio, aunque ya algo tarde, la verdad de los principios de Napoleón, despachó varios edecanes unos tras otros al general Macdonald para que le llevase de Papa los ocho mil hombres que cabalmente necesitaba en aquella sazón, por no tener más que treinta y seis mil hombres contra cuarenta mil sólidamente establecidos. Continuamente le había repetido Napoleón que para no fiar nada al acaso era preciso, aun con las mejores tropas, mani-

obrar de modo que tuviese uno más gente que el enemigo en el terreno donde se diese la batalla. Por fortuna Macdonald, previendo que podría hacer falta en Raab, mientras que en Papa de nada podía servir ni á Broussier ni á Marmont, había emprendido la marcha espontáneamente, y asomaba ya de lejos precedido por los dragones de Pully. No era en verdad pequeño recurso para un encuentro posible, aunque poco probable.

Hacia mediodía acometieron los nuestros la posición enemiga. Por no haber entrado aún en línea la división de Serás, que era la encargada de formar el escalón más avanzado á la derecha, desplegó Montbrún sus cuatro regimientos de caballería ligera, é hizo con ellos las mismas evoluciones que hubiera podido ejecutar en un campo de maniobras, arrojando con la mayor serenidad violentas descargas de artillería. En seguida, así que la infantería de Serás entró en línea, y cuando ya le pareció oportuno acometer á la caballería húngara, arrancó con sus regimientos á galope y cerró con la brillante nobleza que había acudido vacilando á la defensa de la casa de Austria. Por valiente que sea una nación, no hay nada que pueda substituir en ella al hábito y á la experiencia de la guerra. Diseminó al punto aquella tropa ante los veloces jinetes de Montbrún acostumbrados á manejar el sable contra los mismos coraceros, y dejó descubierta la izquierda de los austriacos. Quedaban los húsares regulares del archiduque Juan, que eran verdaderamente dignos de medir sus fuerzas con los nuestros: cargaron sobre Montbrún, cerró éste inmediatamente con ellos, y los obligó á replegarse sobre su cuerpo de batalla.

Entretanto la infantería de Serás, formada en dos líneas, acometió la meseta que ocupaban los austriacos, dirigiéndose hacia la quinta de Kismegyér. Antes de llegar á ella tenía que atravesar el arroyo cenagoso que cubría la posición del enemigo, y vió que el paso era más dificultoso de lo que al pronto había creído. Era el arroyo hondo, no ofrecía cómodo acceso, y le defendían valientes y experimentados tiradores: atravesóle sin embargo, y avanzó al espacioso edificio rectangular de la quinta de Kismegyér, que ostentaba muros almenados defendidos por mil doscientos infantes escogidos. Mientras Serás iba á chocar con aquel formidable obstáculo, Durutte con su infantería formando el segundo escalón, llegaba también al arroyo, le atravesaba, trepaba á la mesa bajo una granizada de proyectiles, y embestía por la derecha el pueblo de Szabadhegy, que acometía igualmente por la izquierda la división italiana de Severoli. Empeñábase en este momento la acción en toda la línea, y la artillería de los austriacos, unida á su fusilería, hacía llover sobre nuestras tropas un fuego perpendicular mortífero. El príncipe Eugenio, acudiendo á todas partes y reconociendo el campo en todas direcciones, exponía generosamente su vida como oficial valiente, deseoso de compensar con su arrojo lo que aún le faltaba en dotes de mando.

El general Serás, después de haberse aproximado mucho á la quinta de Kismegyér, sufrió por todas las troneras del edificio tan terrible fuego de fusilería, que en pocos minutos perdió de setecientos á ochocientos hombres, entre ellos sesenta oficiales, de modo que sus tropas aturdidas, ya que no acobardadas, tuvieron necesidad de algún socorro que restableciese su ardi-



miento y su confianza. Hizo el general Serás replegar la primera línea sobre la segunda, y cuando vió que sus valientes soldados habían recobrado aliento, los volvió á conducir con espada en mano contra el formidable obstáculo de donde partían tan destructoras descargas. A pesar de los redoblados fuegos de la fusilería enemiga, el hacha de sus zapadores mordió en las puertas del edificio: derribólas, y penetrando con bayoneta calada vengó en los malhadados defensores de la quinta de Kismegyer la muerte de los setecientos ú ochocientos hombres que habían quedado tendidos bajo sus muros. Después de pasar á cuchillo á varios centenares de enemigos y de hacer á otros prisioneros, avanzó sobre la izquierda de la línea austriaca, que, replegándose á lo alto de la meseta, seguía aún firme. Entretanto trepó Durutte á la altura, y atacó el pueblo de Szabadhegy de consuno con la infantería italiana de Severoli. No fué aquí el combate menos trabajoso que en la quinta de Kismegyer: los austriacos se defendieron con vigor al amparo de las casas del pueblo y nos hicieron pagar cara la conquista. Replegarónse un instante, mas fué para volver á embestir. Conducido por el archiduque Juan sobre el pueblo el grueso de las tropas que componían su centro y su derecha, entró en él á paso de carga, y arrolló contra el barranco por un lado á Durutte, por el otro á los italianos de Severoli. Replegóse la primera línea de estas dos divisiones y pasó por los intervalos de la segunda, sin que ésta se rompiese ni cediese á su empuje; al contrario, avanzó llevando consigo la primera línea. Los generales Durutte y Severoli llevaron sus divisiones al pueblo tan obstinadamente disputado, y le entraron en uno con la brigada primera de la división de Pachtod que acudió á su socorro. Avanzamos entonces por derecha é izquierda hasta más allá de los dos puntos de apoyo de la línea enemiga que acabábamos de tomar. Era sazón de que manobrase la caballería: lanzáronse Montbrún, Grouchy y Colbert á cortar la retirada á los austriacos, que corrían á tomar el Danubio; Montbrún rompió diversos cuadros y cogió muchos prisioneros, pero le contuvo la actitud del ejército austriaco que se retiraba en masa y en excelente orden.

A la izquierda el octavo de cazadores de la división de Sahuc, estando más adelantado que el resto de su división, cerró con ardor extremado con la derecha de los austriacos en el momento de alejarse de Raab, y arrolló cuanto se le puso por delante. Ya había hecho rendir las armas á muchos miles de infantes enemigos y cogido numerosa artillería, cuando, advirtiendo los austriacos que no estaba sostenido, vueltos de su sorpresa rompieron contra él el fuego; y pudieran dejarle muy mal parado á no haber acudido á librarle el resto de la división de Sahuc, conducida por su general con tardanza. No obstante, aquel valiente regimiento conservó mil quinientos prisioneros, varios cañones y algunas banderas.

Viendo los archiducos que la batalla estaba enteramente perdida, mandaron por fin la retirada, la cual, merced al terreno y á la noche, no fué tan desastrosa como pudo temerse y se verificó por San Irany hacia el país inundado por el Danubio. Aquella jornada, que para el príncipe Eugenio y el ejército de Italia reparaba gloriosamente la derrota de Sacila, nos costó dos mil

hombres entre muertos y heridos, y á los austriacos cerca de tres mil fuera de combate, dos mil quinientos prisioneros, y dos mil soldados perdidos: con ella el archiduque Juan y el Palatino quedaban fuera de juego, asegurábase además la anexión de los generales Broussier y Marmont, y en la orilla derecha ya sólo quedábamos expuestos á correrías de húsares poco temibles, á las cuales bastaría oponer unos cuantos destacamentos de caballería. Llegó el general Macdonald al concluir el día al campo de batalla para abrazar al joven príncipe en cuyos triunfos estaba tan interesado.

Mientras se ejecutaba por este lado el plan de Napoleón, con algunas leves omisiones en los pormenores, de una manera tan conforme con su idea, verificábase también la reunión de los generales Marmont y Broussier á pesar de algunos obstáculos, dimanados los unos de las circunstancias y los otros de malas combinaciones que no podía rectificar siempre á tiempo Napoleón á la distancia á que estaba. El general Broussier, que había quedado solo en Gratz, pudo verse muy comprometido á no haber sido tan buenas sus tropas; después de haber estado batiendo con obuses la ciudadela sin lograr rendirla, el comandante de dicha fortaleza se mostró resuelto á no ceder más que á un ataque en regla, y así tuvo que tomar sus disposiciones para mantenerse dueño de la ciudad independientemente de la ciudadela, y dominar toda la tierra circunvecina con objeto de darse la mano con Marmont que se iba aproximando. Hizo diversas excursiones hacia la Croacia en la dirección que seguía el general Marmont, hasta doce ó quince leguas de distancia, y en cada una de ellas, con solos cinco ó seis mil hombres, dió al ban Giulay batallas parciales con las que le derrotó completamente. Pero alejándose siempre de Gratz de este modo, no pudo guardar suficientemente las vías del Tirol, y el general Chasteler, atravesando por los apostaderos del ejército de Italia, se metió en Hungría con cuatro ó cinco mil hombres, con mucha más fortuna que el general Jellachich. Entretanto el general Marmont, que se había detenido unos cuantos días al saber los reverses sufridos por el ejército de Italia, volvió á continuar su marcha, se adelantó hasta cerca de Gratz, con tanta prudencia como arrojo, y dió aviso de su aproximación al general Broussier. Éste al recibir la noticia se apresuró á bajar por el Muhr con la esperanza de alcanzar al general Marmont en Karlsdorf, dejando dos batallones del 84 en un arrabal de Gratz para custodiar la ciudad. Pero mientras bajaba por la orilla derecha del Muhr, el ban Giulay subía por la izquierda á la cabeza de quince mil hombres, mitad tropas regladas y mitad sublevados de la Croacia, y se preparaba á caer de improviso sobre los dos batallones encargados de la custodia de Gratz. Acometidos estos dos batallones por un ejército entero, resistieron por espacio de diez y nueve horas seguidas con valor heroico bajo las órdenes del coronel Gambín. Mataron mil doscientos hombres al enemigo, cogieronle cuatrocientos ó quinientos, y dieron tiempo al general Broussier de acudir en su socorro. En efecto, este general, advertido del movimiento del ban Giulay, subió precipitadamente el Muhr, cayó sobre sus tropas, las dispersó y libró á los dos batallones del 84. Las avanzadas del general Marmont asomaron al fin á distancia de una ó dos jornadas. De este

modo se incorporó con las masas beligerantes este cuerpo de diez mil hombres, el más florido del ejército después del del mariscal Davout; y los generales Marmont, Broussier y Macdonald, reunidos con el príncipe Eugenio, pudieron desde entonces suministrar á Napoleón el auxilio de todas las fuerzas juntas de Italia y Dalmacia. Los cuerpos de Stoichevich y Giulay quedaban además enteramente dispersos, y los dos archiducos (Juan y el Palatino) repelidos definitivamente allende el Danubio.

Ya con esto podía desquitarse Napoleón de las dos funestas jornadas de Essling, y bien lo había menester; porque sus enemigos, alentados con el resultado de aquella famosa batalla, andaban más que nunca solidarios é intentaban levantar el Tirol, la Suabia, Sajonia, Westfalia y Prusia. Al rumor de la supuesta rota de los franceses, el tirolés Hófer y el mayor Téimer bajaron de las cimas del Brénner, á pesar de su exasperación contra el gobierno austriaco por haberles quitado los dos cuerpos de Jellachich y Chasteler. Su odio á la casa de Baviera suplía á la tibieza de su afecto á la casa de Austria. El general bávaro Deroy, que había quedado solo para defender á Inspruck, se vió acometido desde todas las alturas circunvecinas por un enjambre de montañeses, que, aunque malos soldados en el llano, eran excelentes tiradores en las montañas, y adversarios formidables cuando había que batir retirada. Precisado á hacerles frente por espacio de muchos días, había agotado el general Deroy casi todas sus municiones, y temiendo llegasen á faltarle completamente, y más aún carecer de víveres de resultas del estrecho bloqueo que sufría Inspruck, se retiró con su división al fuerte de Kufstein, abandonando por la segunda vez la capital del Tirol. Este acontecimiento, aunque en sí de poca importancia, produjo una sensación profunda en toda Baviera y especialmente en la corte, que temía mucho verse nuevamente precisada á abandonar á Munich. También los habitantes del Vorarlberg andaban muy inquietos. Era sensible la agitación en las orillas del lago de Constanza, en el Danubio superior, y por último en toda Suabia, y evidente que si llegáramos á sufrir un revés más grave que el de Essling, nos íbamos á ver seriamente comprometidos por las espaldas.

Los austriacos que sabían esta situación, puesto que ellos la habían producido, acababan de agravarla con una disposición peligrosísima para nosotros.

Habían dado al duque de Brunswick-Vels, hijo del famoso duque del mismo título, los medios necesarios para levantar un cuerpo compuesto de refugiados de todas las provincias alemanas, especialmente de prusianos. Habíanle además agregado algunas tropas regladas y fuerza del landwehr, formando entre todo cerca de ocho mil hombres, y encaminado de Bohemia á Sajonia haciendo que le precediesen los más falsos rumores acerca de la supuesta victoria conseguida contra los franceses en Essling. Al propio tiempo habían dirigido otro cuerpo de unos cuatro mil hombres, mitad tropas regladas y mitad landwehr, de Bohemia á Franconia, esparciendo los mismos rumores por el camino. El primer cuerpo avanzó desde Praga á Dresde, donde entró sin disparar un tiro, después de haber obligado á la corte de Dresde con su mera aproximación á refugiarse en Leipsick. El segundo marchó desde Egra á Bayreuh,

aprovechando el abandono en que la guerra del Danubio había dejado á nuestros aliados de Baviera y Wurtemberg. Su plan se reducía á avanzar sobre Thuringia, reuniéndose allí en una sola masa bajo las órdenes del general Kienmayer, y entrar en Westfalia expulsando al rey Jerónimo. Éste, aterrado del peligro que le amagaba, se apresuró á pedir á París recursos que no había, y sus clamores acabaron por producir en la capital del imperio francés una especie de alarma.

El apareamiento de estas diversas columnas produjo grande agitación en Alemania, aunque sin provocar movimiento alguno de insurrección á pesar de las esperanzas que habían concebido los austriacos, por cuanto el prestigio de Napoleón estaba aún entero y se consideraba como muy difícil abatir su poderío, y porque, aunque se esparcía la voz de que había sido vencido, no se creía lo bastante para resolverse á tomar las armas. El ejemplo de lo que acababa de sucederle al mayor Schill era en verdad poco estimulante. Este atrevido partidario, creyendo secundar la idea secreta de su gobierno desobedeciendo á sus órdenes patentes, había salido de Berlín, según dijimos, con un cuerpo de caballería prusiana, y empezado á recorrer el campo con la esperanza de llevarse detrás todo el ejército y todo el paisanaje. Bien recibido por todos, pero sin que nadie le siguiera, y aun acobardado por los severos edictos emanados de Koenigsberg acerca de su persona, refugióse en Mecklemburgo y luego en Pomerania, y sorprendió la mal defendida plaza de Stralsund, con intento de sostener el sitio. Atacado en breve por un cuerpo holandés, y por otro danés que quiso dar á Napoleón esta prueba de afección, no pudiendo defender una plaza fuerte como aquélla con caballería, trató de ponerse en cobro escapándose por una puerta mientras las tropas holandesas entraban por otra, y al irlo á ejecutar cayó derribado de un sablazo que le descargó un jinete holandés. El infeliz, víctima de su desordenado patriotismo, vió al expirar su gente presa, destruída y dispersa. Tal fué hasta entonces el único fruto de los levantamientos en Alemania. No por esto menguó en los ánimos el odio contra nosotros, y sólo una derrota, no supuesta sino real y positiva, hubiera sido bastante para que las poblaciones todavía intimidadas se nos insurreccionasen de uno á otro extremo del continente.

En Polonia, la campaña diestramente conducida por el príncipe Poniatowski había producido resultados imprevistos, aunque poco decisivos. Entregando la orilla izquierda del Vístula á la impaciencia de los austriacos, que, no contentos con ocupar á Varsovia, habían bajado imprudentemente hasta Thorn, reservóse el príncipe la orilla derecha, los repelió cuantas veces quisieron tomarla, y después subió por ella hasta Galitzia para reanimar el espíritu de insurrección de los polacos que sordamente fermentaba en dicha provincia. En efecto, al presentarse allí se sublevó una parte de sus pobladores, brindándole con víveres, municiones y soldados. Entró en Sandomir, y llegó hasta á amenazar á Cracovia. El archiduque Fernando, precisado á cejar de resultas de las operaciones del príncipe Poniatowski, tuvo que verificar una retirada rápida, que pudo ser interrumpida y parar en desastre con solo pasar de la orilla derecha á la izquierda para detenerla en su movimiento retrógrado. Propúsose hacerlo un cuerpo polaco de



cinco mil hombres capitaneado por Dombrowski, pero era incapaz de llevarlo á cabo solo, y corría peligro de ser pasado á cuchillo sin tener la probabilidad de detener al enemigo. Podían ejecutar esta maniobra, y no permitir que volviese un solo austriaco á Galitzia, los rusos que conducía el príncipe Gallitzin, y que entraban en línea hacia fines de junio habiendo debido llegar en abril; así se lo suplicó el príncipe Poniatowski, pero encontró en ellos una evidente mala fe, que no podían ya disculpar la estación, ni las crecidas de los ríos, ni la imperfección de la administración rusa. El verdadero motivo de su inacción era que les repugnaba de tal manera destruir á los austriacos en beneficio de la gente de Polonia, que por no hacerlo hasta desobedecían las órdenes mismas de su gobierno. Duramente reconvenido por Alejandro, demostró el príncipe de Gallitzin alguna menos frialdad á Poniatowski; pero nada hizo para vencer la oposición de sus lugartenientes, á tal punto que uno de ellos, el príncipe de Gortschacoff, escribió que llegaba con la esperanza de unirse con los austriacos, y no con los polacos. Interceptada por éstos la carta, la enviaron con otras muchas á San Petersburgo. Doquiera que se encontraban las avanzadas rusas y austriacas, tendíanse la mano prometiéndose servir en breve unidas. En suma las divisiones rusas que llegaban al territorio de la Galitzia sólo parecían llevadas allí para sofocar la insurrección de aquella tierra. So pretexto de tomar posesión del país, destituían en todas partes á las nuevas autoridades polacas, y restablecían las antiguas austriacas.

Mientras así faltaban los rusos á su palabra, probablemente á disgusto de su soberano, los polacos por su parte faltaban, á disgusto de Napoleón, á la que en su nombre se había dado á los rusos, y anunciaban en todas sus proclamas la próxima restauración de la Polonia. Sin embargo Napoleón les había encargado con el mayor encarecimiento que no hablasen más que del gran ducado de Varsovia, por temor de que le indispusiesen con la Rusia con su imprudente lenguaje. No había cesado de decirles que llegaría el día en que, sin faltar á sus compromisos, y sin hacerse más enemigos de los que podía contrastar reunidos, diese la última mano á su regeneración concediendo paulatinamente ensanches al ducado de Varsovia; que para terminar su obra necesitaba tiempo y ocasión propicia; que no podía hacerlo todo de una vez, y que manifestar ahora esperanzas y expresar deseos prematuros, era arriesgarlo todo inútilmente y perderse ellos mismos. Pero los consejos de Napoleón no hicieron más efecto en los polacos, que en los rusos los de Alejandro: sin embargo es fuerza reconocer que si Alejandro lo hubiese sinceramente querido, hubiera conseguido de los rusos mucho más que Napoleón de los polacos. Pero Alejandro era ruso también, y el cooperar al restablecimiento de Polonia ayudando á los polacos contra el Austria, le era casi tan costoso como á sus soldados. Él mismo, sin saberlo, era el primero que conspiraba contra su política.

Tales eran las perplejidades de la Europa entera mientras el archiduque Carlos y Napoleón peleaban bajo los muros de Viena. Graves eran en verdad los síntomas, y una política prudente hubiera debido no perderlos de vista; pero en rigor no tenía por qué alarmarse ni cambiar de objeto esencial un capitán como Napoleón.

Los progresos ó los reveses de Polonia, las correrías de los cabecillas por Sajonia y Pomerania, la nueva retirada de los bávaros al Tirol, significaban bien poco. Pasar el Danubio, batir al archiduque Carlos, era la operación decisiva que debía dar en tierra con todas las disposiciones hostiles, aunque se hubieran empezado á poner por obra de una manera muy alarmante.

Causáronle por lo tanto muy poca sensación, y sólo manifestó dar importancia á lo que en derredor suyo ocurría entre Lintz, Leoben, Raab, Presburgo y la isla de Lobau. Limitóse, pues, á un corto número de precauciones muy juiciosas y bien concebidas, y sobre todo muy suficientes para cuando lograse descargar sobre Viena el golpe principal y definitivo. Envio á Milán al general Caffarelli, ministro de la Guerra del reino de Italia, para que hiciese las veces del príncipe Eugenio una persona de alta jerarquía. Mandóle reunir todos los destacamentos que hubiese disponibles para bloquear el Tirol italiano, ocupando los desfiladeros de las montañas. Prescribió al príncipe Eugenio que dejase la división de Rusca en Klagenfurth, para verificar el mismo bloqueo por la parte de Carintia. Otro tanto debía hacer el general bávaro Deroy por la parte de Baviera, ocupando á Rosenheim y á Kufstein, aislando aquella especie de incendio en límites que no pudiera traspasar, reservándose castigar con más dureza á los tiroleses después de acabar con el grande ejército austriaco. Por lo tocante á la Suabia y al Vorarlberg, podía Napoleón contenerlos con las fuerzas reunidas en Augsburgo, que se componían de dragones provisionales, del regimiento 65 de línea, de los regimientos de reclutas de la guardia, y por último de numerosas tropas de paso. Mandó al general Beaumont que se estableciese con algunas de estas tropas en Kempten y en Lindau, á la orilla del lago de Constanza, para repeler á los enemigos que asomasen por las montañas.

Mandaba el general Bourcier en Passau el depósito general de caballería. Tenía en él todos los soldados desmontados, los destacamentos de reclutas, los talleres de guarnicionero, un mercado siempre abierto para la compra de caballos, y con estos elementos rehabilitaba á los jinetes que estaban apeados, cansados ó enfermos. Le encargó Napoleón que dejase por un momento el depósito, haciendo sus veces un substituto capaz y activo, que tomase consigo dos regimientos de dragones que hiciesen dos mil caballos, el regimiento de caballería de Berg, y además de dos á tres mil bávaros sacados de las plazas del Palatinado, y avanzase sobre Bayreuth. El general Rivaud, establecido en Wurzburg al frente de dos medias brigadas provisionales, debía por su parte dirigirse desde Wurzburg á Bayreuth también, reunirse al general Bourcier y marchar con él contra el pequeño cuerpo que acababa de salir de Bohemia. Terminada esta breve expedición, el general Bourcier debía regresar á Passau para tomar de nuevo el mando de su depósito de caballería. El general Rivaud debía incorporarse con cuatro medias brigadas reunidas en Hanao bajo el mariscal Kéllermann, y encaminarse á Sajonia contra los austriacos que habían entrado en Dresde. Escribió Napoleón á París al ministro de la Guerra Clarke y al de Policía Fouché, echándoles severamente en cara los temores que con tanta facilidad habían concebido cuando los sucesos de Dresde y de Bayreuth. Los ministros

que habían permanecido en París se habían en efecto aterrado con los clamores del rey Jerónimo, y hasta habían llegado á creer que la Prusia se preparaba á declarar la guerra. — «Si á tal punto se asustan ustedes por unas correrías insignificantes, les escribió Napoleón, ¿que harían si sobreviniesen más graves acaecimientos, de esos que sin embargo pueden ocurrir en la guerra sin que sea forzoso sucumbir? Siento mucho, añadía, ver que los hombres consagrados á mi servicio manifiesten tan poco carácter y sean los primeros en descubrir los más ridículos temores. No puede haber acontecimientos graves más que en el teatro donde yo funciono, y en él estoy yo para dominar todas las contingencias.»

Los temores que tan fácilmente se concebían en París eran para la política de Napoleón una crítica involuntaria que le exasperaba, y que ni siquiera perdonaba á sus más devotos servidores. Por otra parte, con razón podía decir que era de poca importancia todo lo que ocurría fuera del teatro donde él estaba, y que si triunfaba en éste no podía menos de triunfar en todas partes; y seguramente no omitía medio alguno para lograrlo próxima y completamente.

Después de vencer el príncipe Eugenio en Raab, y de quedar los archiduques Juan y el Palatino repelidos al otro lado del Danubio, y asegurada la reunión de los ejércitos de Italia y Dalmacia, no tenía ya que pensar Napoleón más que en una cosa antes de dar su última batalla, que era en impedir que los dos archiduques, repasando el Danubio por Presburgo ó por Komorn, siguiesen á los ejércitos franceses de Italia y Dalmacia cuando éstos fuesen á pelear bajo los muros de Viena. Para esto había que interceptar á los austriacos el acceso del puente de Presburgo y ocupar además la línea del Raab, destinada á ponernos á cubierto por la parte de Hungría, de modo que pudiese contener á los austriacos por tres ó cuatro días, tiempo muy suficiente para ejecutar el movimiento de los ejércitos de Italia y Dalmacia sobre Viena. Tenían los austriacos un puente en Presburgo, y una cabeza de puente en el pueblo de Engerau: además habían conservado la plaza de Raab después de la victoria alcanzada por el príncipe Eugenio en el río del mismo nombre.

Napoleón que había llevado al mariscal Davout con una de sus divisiones hasta Presburgo, le encargó que tomase á Engerau, destruyese el puente de Presburgo, y también, si podía, el de Komorn, situado mucho más abajo. Dió al príncipe Eugenio el encargo de tomar la plaza de Raab, no teniendo por verdaderamente fructuosa la victoria que acababa de alcanzar á no proporcionarle aquella conquista. Hizo escalar todos los caballos de la artillería que no estaban destinados á las obras de la isla de Lobau en el camino de Presburgo y de Raab para conducir allí artillería de batir y sacar de retorno los granos de que abundaba la Hungría. Aunque Napoleón nada tenía de cruel, era inexorable cuando se trataba del cumplimiento de sus designios, y así mandó llevar hasta el último rigor el empleo de todos los elementos de guerra contra Presburgo y Raab hasta enseñorearse de ambos puntos. Los medios prescritos eran terribles, pero así lo exigía la salvación del ejército y del imperio.

El mariscal Davout, situado bajo los muros de Presburgo desde los últimos días de mayo, empezó atacan-

do con la división de Gudin los atrincheramientos de Engerau, que cubrían un puente de barcas formado delante de Presburgo y apoyado en diversos islotes. Componíanse dichos atrincheramientos de espaldones de tierra unidos al pueblo de Engerau, y defendidos con numerosa artillería. Hizo el mariscal Davout embestir las obras con aquel ímpetu que sabían desplegar sus soldados en todas ocasiones; pero los austriacos que sabían apreciar la importancia de la posición que defendían, la disputaron con igual energía. Perdieron de mil quinientos á mil ochocientos hombres, y nosotros ochocientos en aquella mera cabeza de puente. Tomadas que fueron las obras, encontróse Davout á la orilla del río. El trozo de puente que caía á nuestro lado fué al punto inutilizado, pero los demás trozos estaban asegurados entre los islotes fortificados que poseía el enemigo, y habría sido preciso para destruirlos dar otros tantos asaltos, operación sumamente difícil y prolija. Empleamos para inutilizar aquellos trozos del puente todos los medios imaginables: barcas cargadas de piedras, molinos incendiados, como los que nos habían arrojado los austriacos para romper nuestro puente grande en las dos jornadas de Essling. Todo fué inútil: el puente de Presburgo, obra de muchos años, defendida por barqueros expertos que detenían en su curso todos los cuerpos flotantes que arrastraba el río, se resistía á todas nuestras tentativas y no perdía nada de su solidez. Entonces el mariscal Davout dispuso por orden de Napoleón baterías de pedreros, obuses y morteros, en la margen del Danubio, é hizo caer sobre aquellos islotes una tremenda lluvia de fuego y de hierro. Soportáronla los austriacos con admirable resignación, y no por eso abandonaron el campo que tenían encargo de defender. Exasperado Napoleón con tan singular resistencia, mandó intimar la rendición á la ciudad de Presburgo directamente, y arruinarla hasta sus cimientos si rehusaba entregarse, ó por lo menos destruir su propio puente. El mariscal Davout que, aunque lleno de humanidad como hombre, era como militar inflexible, empezó sin vacilar á cumplir aquella terrible orden: después de haber dirigido su intimación al general Bianchi que mandaba la ciudad, dió la señal de romper el fuego, y en pocas horas inundó de bombas la desgraciada población, condenada á sufrir todos los horrores de la guerra. Prendido que hubo el incendio en diferentes barrios, dirigió al comandante una nueva intimación, sin reclamar más que lo que no podía prescindir de pedirle, que era la destrucción del puente. Respondió el general Bianchi que la conservación del puente era necesaria para la defensa de la monarquía austriaca, y que por lo tanto la ciudad de Presburgo estaba dispuesta á sufrir todos los horrores del asedio antes que allanarse á las condiciones con que se le otorgaba su salvación.

Volvió Davout á renovar sus rigores; pero viendo que eran enteramente estériles porque el general austriaco se obstinaba en la resistencia, cedió por fin á la voz de la humanidad y recurrió á otros medios para impedir las comunicaciones entre una y otra orilla. En efecto, para alcanzar el objeto que se proponía no necesitaba en rigor más que detener por tres ó cuatro días al cuerpo austriaco que asomase por aquel lado, pues ese tiempo bastaba para la concentración de las tropas francesas bajo los muros de Viena. Estableció, pues, el mariscal